

El comunismo no es una idea, sino una fuerza material que anticipa el futuro.

Los marxistas no pueden hablar de comunismo sin hablar, al mismo tiempo, de la dinámica y de las fuerzas materiales que lo hacen posible. Cualquiera que conozca apenas un poco de los escritos de Marx sabe que había declarado la guerra a cualquier concepción que hiciera del comunismo un objeto de especulación filosófica, una utopía, un modelo a alcanzar, un producto del pensamiento de cualquier reformador del mundo, a cuyas ideas los hombres debieran someterse en tanto buenas, o generosas, o justas. No podemos hablar por tanto de una sociedad futura que llamamos comunismo, sino entender con Marx la presencia del comunismo como una fuerza que plasma el futuro desde el hoy. Aunque no exista una fuerza subjetiva revolucionaria. La dinámica del comunismo se expresa a través de hechos materiales que pueden ser identificados en todo lo que respecta al desarrollo de las fuerzas productivas sociales, y en aquello que se le opone.

Establecemos pues que el comunismo es una fuerza material y no un ideal.

Obviamente, no es fácil en absoluto eliminar todas las concepciones que se han ido estratificando sobre lo que deba entenderse por sociedad futura y sobre comunismo, demasiadas confusiones y falsificaciones que han identificado el comunismo de los años 30 del siglo XX en adelante con el estalinismo, con el maoísmo y con todas las formas estatales de socialismo real y repúblicas populares, y que la Izquierda comunista italiana ha definido siempre como contrarrevoluciones.

Uno de los ejes de nuestra corriente ha sido siempre el de oponerse a la concepción según la que el comunismo es algo que se construye, que se edifica. Marx sostiene exactamente lo contrario de tales concepciones: el comunismo no se construye, es una realidad, un movimiento, ya existente en el interior de la sociedad capitalista. En una célebre frase de Marx en los *Grundrisse*, en el capítulo sobre el dinero, nos dice que **si no encontráramos en la sociedad tal y como es las condiciones materiales de la producción y de la distribución de la sociedad futura, todos los intentos por hacer saltar la sociedad actual serían quijotadas.**

En la sociedad capitalista hay aunque no sean visibles de forma inmediata, elementos que anticipan materialmente la producción y reproducción de la sociedad futura. Es la existencia de estos elementos lo que permite la formación y la actividad de sujetos revolucionarios y comunistas, cuyo empeño consiste como dice Marx en el *Manifiesto*, en anticipar la marcha y los resultados generales del movimiento proletario.

Por otro lado, en todos los modos de producción que se han ido dando han estado siempre presentes elementos materiales característicos de la sociedad que les sustituyó, mucho antes de la victoria política y militar de las clases que les representaban. Así, en el interior del modo de producción feudal, había ya, aún si no desarrollados todavía, los elementos que caracterizarían el sistema capitalista. Nos referimos no sólo la clásica división entre campo y ciudad que representa uno de los primeros motores para la separación del campesino de la tierra a favor de la manufactura urbana sino también a la formación de aquella red de relaciones productivas y mercantiles que resultaba ahogada por las viejas relaciones de propiedad.

El análisis científico del modo de producción capitalista es también anticipación de los caracteres de la futura sociedad. Podemos decir que cuando se estudia la dinámica del capital se obtienen al mismo tiempo el conjunto de los elementos que constituirán el nuevo modo de producción. La teoría marxista del partido, de su táctica de su estructura orgánica, se obtienen como consecuencia: como dice la Izquierda ya en 1921, la naturaleza del partido hoy viene dada por las tareas que tendremos en la sociedad futura. El mismo Marx en diversas de sus obras, precisa que cada nueva relación de producción entra en escena en la historia cuando están completamente desarrolladas las potencialidades de las viejas formaciones económico-sociales. Lo mismo sucede, y especialmente, con

el capitalismo. Se puede hablar de capitalismo totalmente desarrollado de un modo de producción que ha alcanzado su plena madurez, solo cuando la producción de mercancías para el mercado es el hecho dominante, y es un hecho dominante sólo cuando prevalece la extorsión de plusvalor relativo respecto al plusvalor absoluto, cuando por tanto la producción de mercancías, la separación entre productores y producto, entre producción y mercado, es total. En este punto la división del trabajo, el uso de las máquinas, la red de tráfico, se hacen sistemáticos, y el mundo de la producción y de la reproducción humana es completamente social.

Esta es la base de la sociedad futura, porque solo en este punto las fuerzas materiales determinan necesidades tales que hagan posible el paso al comunismo entendido como formación social. Solo en este punto se revela también, a través del nacimiento de la teoría, lo inadecuado del modo de producción y la necesidad histórica del traspaso. De hecho, dice Marx, **la humanidad no puede plantearse más que aquellos problemas cuya solución está ya en los hechos**. Unamos esta afirmación con aquel otro concepto de Marx sobre el comunismo como movimiento material que derriba el estado de cosas presente y he aquí que hemos perfilado completamente la respuesta a las dudas sobre nuestra afirmación de que «el comunismo ya existe».

El futuro ni es una idea ni tampoco un deseo.

Retomando el concepto de recorrido unitario de las luchas de los hombres contra la vieja sociedad para conseguir otras, debemos considerar que cada lucha «por cambiar las cosas», cada manifestación de «espera» de un futuro diferente presupone una experiencia, un conocimiento del pasado y las situaciones presentes. Pero quien investiga sobre una dinámica ya sabe cual es su resultado, porque sabe extraer de los elementos de aquella las características del desarrollo futuro. Este lazo inseparable entre las manifestaciones del futuro apuntadas en el pasado y en el presente es el único medio que han tenido los hombres para llegar a previsiones científicamente plausibles y a los desórdenes en la praxis económica y social. Y siempre ha sido así para todos los movimientos que han cambiado el mundo, mientras las ideas han quedado formando parte de la historia del «pensamiento».

Estos son los presupuestos teóricos y políticos que nos guían.

Los burgueses proclaman cada día, en cada ocasión, que el comunismo está muerto y enterrado. Lo repiten con tal insistencia que es de sospechar una especie de rito propiciatorio, una especie de exorcismo. Pero ¿puede morir el comunismo? ¿Es realmente algo que nace, existe y acaba como una idea, un objeto, un animal? Y si el comunismo puede morir ¿Quiénes son esos tontos que todavía se reclaman del mismo, es decir, de esa «cosa» que estaría muerta, y por lo tanto no-existente? ¿Y si por el contrario el comunismo fuese otra cosa, un proceso que se relaciona con los ciclos vitales, también de nacimiento y muerte, pero en el sentido del devenir material, en el sentido de cambio de toda la sociedad humana y del mundo en el que está inmersa? ¿Cuál sería entonces el sentido de la existencia de la acción de los mencionados tontos que nos creen?

Marx en escasísimos y simples conceptos, que en parte han sido antes recordados, derriba por completo las estupideces en torno a las concepciones subjetivistas, y por tanto utópicas, de la revolución. En sus escritos juveniles, en parte sacados a cuatro manos con Engel, hace añicos los residuos del idealismo aunque estén enmascarados de materialismo y los reduce a tema de divertidos chistes literarios. Desenmascara las palabras que no están ligadas más que al pensamiento de quien las pronuncia, y demuestra que la ciencia es una cosa diferente de la filosofía. La ciencia deriva de la producción y reproducción material de la especie humana y reacciona cambiando el mundo, mientras la filosofía da únicamente innumerables interpretaciones. El inconveniente es que la realidad no es *innumerable*. Desde que Marx ha descubierto este potente tipo de aproximación a la realidad, quien se declara marxista sabe o debiera saber **que el comunismo no es una cosa que vendrá o será construida, sino el movimiento efectivo, real, visible, perceptible, del cambio. Para el marxismo, «cambo» es un término sin adjetivos. No se trata de cambio moral, económico, social, estético,**

tecnológico artístico, clasista, etc., sino cambio *simplemente*, Los adjetivos vienen después, cuando de lo abstracto y general se pasa a lo concreto y particular.

No se trata, para estar en disposición de ver el comunismo como «actualidad» (es decir, no simplemente como «actualidad») de desarrollar órganos especiales o diseñar instrumentos extrafinos; no hay que investigar bacterias o virus para los que necesitemos microscopios electrónicos, o ondas o partículas invisibles para las que sea necesario algún tipo de detectores de radioactividad.

La dinámica del comunismo se ve simplemente liberando los órganos visuales de las incrustaciones que la ideología dominante nos ha posado durante muchas generaciones y muchos ciclos económicos. No estamos frente a la necesidad de una operación de tipo intelectual o científico, es decir, del tipo de ciencia para la que se necesita haber frecuentado la universidad para poder asimilar algún instrumento cognitivo especial; estamos frente a la necesidad de una operación banal de limpieza. Se necesitaría quitarse las proverbiales orejeras, cosa elemental y absolutamente compatible con la capacidad de todos. Uno de los instrumentos útiles a la limpieza de los órganos de la vista del observador político es un método que desde Marx en adelante ha sido llamado científico. Ciencia, científico, grandes palabras; pero que quieren decir simplemente abandonar las construcciones y las polémicas basadas en la ideología o en el pensamiento del hombre, o, aún peor, sobre las ideas de elementos individuales. Quieren decir que es preciso investigar el mundo físico y social a través de los instrumentos y métodos que también la burguesía ahora ha hecho suyos, por las exigencias del mundo productivo. Dice que en la época en la que la ciencia positiva – y la diferencia de la filosofía del positivismo- ha obtenido resultados antiteológicos y antifilosóficos universalmente reconocidos, es absurdo continuar con el método idealista.

El gran descubrimiento de Marx es que no existen barreras cualitativas y cuantitativas que separen las formaciones económicas-sociales, sino barreras políticas. Es esto lo que hace imposible cualquier pretensión gradualista y, al mismo tiempo, cualquier pretensión voluntarista. La revolución para Marx no es el paso a la construcción del comunismo: es la eliminación política de las barreras que impiden a la nueva sociedad comunista explotar en toda su potencia. El término comunismo no es usado por Marx nunca para describir un modelo futuro de sociedad sino mas bien para describir las condiciones mediante las cuales la nueva sociedad se forma, incluyendo el nacimiento y el desarrollo de los instrumentos necesarios para romper las cadenas representadas por el viejo modo de producción.

Todos aquellos que tienen una concepción diferente de esta se sienten existir en un punto de la historia, el hoy, e imaginan que esta existencia es el motor de la historia siguiente. Avanzan así durante decenios, sin reparar en el hecho de que su activismo es demolido por la constatación empírica de su total fracaso.

Dejamos de buen grado perder a los filósofos de ahora: el marxista no fracasa, porque identifica el recorrido que lleva al objetivo y camina, sin preocuparse si este recorrido es largo o si el paso es más lento de lo que su esperanza quisiera. Lo bello es que todos, todos los que buscamos hacer un cierto trabajo, todos aquellos que insisten en *querer* el comunismo futuro, incluso la humanidad entera que de hecho no piensa en el comunismo, estamos caminando en la ruta hacia el objetivo. Hay bastante confusión en este camino, un vaivén adelante y atrás, gente que corre, gente que frena, gente que hace fotografías...y de todas maneras el movimiento va más hacia adelante que hacia atrás. **Marx, en el *Manifiesto*, dice que los comunistas tienen antes que nada la conciencia de estar en este camino; en segundo lugar que no se distinguen del resto de la masa proletaria sino por el hecho de que tienen esta conciencia y que están en primera fila ven el objetivo. Lo ven, no lo crean.**

A estos efectos, si queréis finalmente la definición inapelable de comunista ahí está: el comunismo no es un estado de cosas que deba ser instaurado un ideal al cual la realidad deba adaptarse; es la solución del enigma de la historia (del ‘casino’ que esta en la ruta); es el

movimiento real que anula el estado de cosas presente y las condiciones de este movimiento existen en la sociedad tal y como es; es el momento necesario para la próxima convulsión de la historia la estructura necesaria y el principio propulsor del próximo futuro y es consciente de serlo. Per por ello no es, en cuanto tal, la estructura de la futura sociedad. Si de hecho no viéramos ya hoy, escondidas en la sociedad en que vivimos, las características de la sociedad futura, todo propósito de hacer saltar el capitalismo sería una locura. Este es el Marx de los *Manuscritos* y de la *Ideología Alemana* y de los *Grundrisse*.

Como comunistas, nos dice por tanto Marx, es preciso antes de nada tener la conciencia de estar en el camino. Tal vez hemos dado una imagen un poco pobretona, pero hace falta que consigamos (no porque *lo decidamos*...sino en el sentido de que las condiciones materiales nos *lo permitan*...si no nos damos de cabeza con el voluntarismo) ser aquellos que anticipan el recorrido los que tienen el mapa, la brújula, el sextante para no perder el norte. Pero no somos moléculas aisladas del resto de la humanidad y por tanto no pensamos de hecho los únicos en disposición de manejar brújulas y sextantes. Nadie puede trabajar *in vitro*, aunque así lo desee. Somos necesariamente el producto de las relaciones con otros hombres, estamos continuamente en relación con ellos, estamos por lo tanto obligados a valorar estas relaciones continuamente y como consecuencia a extenderlas en los límites de lo posible y de las relaciones reales de fuerza. Debemos descubrir quienes son y donde están los otros hombres movidos por el desarrollo material de la sociedad hacia los mismos resultados que nosotros hemos alcanzado.

Este es el método que nos han enseñado. Fuera de este método sólo hay cháchara y derrota. Es por lo que ahora podemos, *debemos*, necesariamente hacer de los oropeles y de las invocaciones a grandes nombres de mesías. ¿Podemos? Si hemos conseguido llegar a manejar la teoría, la respuesta debe ser si. Esto no significa oscurecer el nombre de Marx y de los otros. Hoy lo hemos citado y continuaremos haciéndolo. Lo que no debemos hacer es continuar la ruina, la reducción a adornos inútiles o, como decía Lenin, a iconos inofensivos de algún dios mitológico. Destruimos la concepción religiosa del comunismo y buscamos comprender de una vez que aquellos que citamos no eran enviados del cielo, sino portavoces de cosas existentes en la sociedad tal y como es, científicos de las cosas humanas, que nos han proporcionado instrumentos formidables de usar, no palabras a repetir.

Marx no ha descubierto las clases y la lucha de clases. En efecto, no ha descubierto *ni siquiera una* de las categorías que utiliza en su gran obra, demostrando que no son tan importantes los aspectos singulares de la sociedad como las relaciones que les unen. Marx no habría podido ver las relaciones que hacen posible la descripción de la sociedad futura si la misma no fuese ya presente en esta. Tal y como un científico del mundo físico no podría describir la naturaleza, a través del descubrimiento de leyes siempre nuevas y cada vez mas precisas, si la misma naturaleza no poseyera una dinámica bien identificada, de las constantes y de los diferentes estados en el tiempo. En suma, queremos demostrar que Marx no ha descubierto el comunismo, sino que ha sido el comunismo el que ha descubierto a Marx.

Marx y Engels no tenían la intención, con el *Manifiesto*, de fundar un particular partido obrero frente a los otros partidos obreros. Lo dice, lo subrayan, basta leer. Y sin embargo, el opúsculo se titula manifiesto del *partido* comunista, no manifiesto del comunismo, esto es, de una particular corriente filosófica. Para ellos el partido no es una organización constituida a fin de reformar el mundo. Por otro lado, en el opúsculo la clase obrera es el elemento determinante y decisorio de la próxima revolución ¿Cómo se resuelve esta aparente contradicción (el partido comunista no es un partido obrero entre los demás y al mismo tiempo es el partido de la clase obrera) tan indigesta para generaciones de militantes? ¿Por qué el partido específico de la clase obrera debería en cierto momento producir un manifiesto para decir que ya hay suficientes partidos obreros no es cuestión de añadir uno más?

«El Capital», se lee en el Manifiesto, «no es un poder personal, es un poder social». La antítesis del capital no es la clase obrera sino el comunismo. La clase obrera por sí es una clase para el Capital, lo vivifica con su trabajo, es el complemento de la clase burguesa en la producción y reproducción capitalista. Por tanto la obra de Marx y Engels no es el manifiesto de *un* partido obrero y ni siquiera *del* partido obrero, sino el *manifiesto del partido comunista*, del partido histórico de la revolución en marcha de aquel «movimiento real que destruye el estado de cosas presente». Solo con la unión entre la clase obrera y el comunismo puede realizarse la estructura formal, organizada del partido, pero es difícil concebir una historia sin partido histórico, sin comunismo. Sería como decir que el partido lo «construirá» alguien un día, que el comunismo se «edificará», como decían los estalinistas sustituyendo los objetivos de la humanidad con los edificios en construcción.

Es por lo que en el *Manifiesto* se dice que los comunistas están entre los demás hombres, proletarios y no proletarios, y no se distinguen de los obreros por la lucha o por la forma de esta lucha; no se distinguen en la organización inmediata o por la forma inmediata que podrían presentar. Luchan con los «otros», trabajan por la unificación de todas las fuerzas dirigidas contra las condiciones existentes, cualquiera que sea la naturaleza de esas fuerzas: ya sean revolucionarias nacionales, anticoloniales, raciales, campesinas, proletarias; cualquier movimiento se revela efectivamente destructivo en los enfrentamientos con lo existente y los comunistas lo apoyan. ¿Son necesarias las citas estamos presos de las palabras? En cualquier caso, aquí están: «los comunistas apoyan en todo lugar todo movimiento revolucionario contra las condiciones sociales y políticas existentes» (*Manifiesto*).

El *Manifiesto del partido comunista* es el producto de la ciencia de la industria y del proletariado que avanzan engrandeciendo y al mismo tiempo destruyendo el capitalismo, es una ventana que hace posible ver no una idea que nace sino un completo mundo de nueva energía que explota. Para los burgueses el comunismo está por el contrario muerto y enterrado. ¿Qué es lo que está muerto según ellos? Es obvio: la idea que *ellos* tenían sobre el comunismo, dado que creían firmemente que esto consistía en una *utopía* o en algún tipo de doctrina *finalista*. Lejos de ser un cadáver, el comunismo está más vivo que nunca.

¿Pero de *donde* viene? ¿Han existido, en la historia de la humanidad *ejemplos* de comunismo? ¿O más bien hay un *momento* a partir del cual podemos comenzar a hablar de comunismo? Si aceptamos la definición que de ello da Marx, según la cual el comunismo es el movimiento real que derriba el estado de cosas presente, eso es el movimiento de la totalidad de la historia de la humanidad desde sus orígenes hasta...¿podemos decir hasta su completa realización? Pero tal vez es cierto que en el término “realización” hay todavía un poco de utopismo. Veamos si conseguimos ser precisos.

Si fechamos la prehistoria a partir de los primeros objetos construidos y reproducidos según un esquema de conocimiento social memorizado de modo diferente del de los esquemas animales, lo que llamamos «instintos», tenemos unos tres millones de años contra apenas diez mil de historia. Tres millones de producciones primitivas contra apenas diez mil de desarrollo en progresión geométrica de revolución productiva y social. Estamos ahora en este último período, es decir, desde hace menos de tres milenios estamos en la civilización dividida en clases.

Recordamos que sin embargo para nosotros la prehistoria comprende todo el arco, porque la auténtica historia humana aún debe llegar.

No se puede hablar de comunismo en el mundo animal ni siquiera allá en donde exista producción y un alto nivel de organización social (abejas, termitas, hormigas), porque sólo es repetición y conservación mientras el comunismo es el proceso real de demolición de lo viejo y superado siempre hacia nuevas conquistas. Como al inicio se ha dicho, los comunistas no pueden únicamente *suponer* un futuro, lo que sería muy poca cosa respecto a sus tareas y tampoco pueden *querer* un futuro ya modelado, que sería demasiado, sino que ven en el proceso capitalista una demolición efectiva de las

relaciones existentes por tanto una transición efectiva hacia nuevas relaciones. Es esta transición de la prehistoria a la historia como explica Marx *necesitan* ser identificados los elementos de la sociedad desarrollada, , es decir, debe identificarse el nuevo «mundo de la libertad» que lucha contra el viejo «mundo de la necesidad». Si no fuera posible hacer esta operación, digámoslo francamente, no nos quedaría más que cerrar el kiosco y dedicarnos a nuestros asuntos, porque tendrían razón aquellos que hablan de muerte del comunismo y por el contrario diríamos que el comunismo se revelaría como una fantasía en medio de tantas otras.

Pero no; el comunismo existe. No en algún escondido hueco de la sociedad; no en algún ocultísimo mecanismo de distribución igualitaria; no en alguna representación formal de potencialidad futura: *existe en el mismo motor de toda la sociedad capitalista, el mundo de la producción, el que ha llevado a las mas altas cumbres la inversión de la praxis transformando la naturaleza en arte, en el sentido de finalidad proyectada, organizada, construida según un conocimiento social registrado en una red de relaciones entre hombres, memorizada y continuamente elaborada para realizaciones futuras aún mas avanzadas.*

El capitalismo no hace nada de la potencialidad desarrollada durante la afirmación de su dominio. Giro en vacío, se repite. Realiza maravillosas *performances* tecnológicas y no consigue ni siquiera utilizarlas, mientras gira sobre sí mismo desde el punto de vista social no alcanzando incluso a alcanzar os mas estúpidos de los objetivos: no solo el de ofrecer un nivel decente de consumo a los seis mil millones de seres humanos que a pesar de todo lo mantienen todo en pie, sino tampoco el de explotarles, porque debe mantenerlos (o masacrarlos) por el peligro de una revolución. Ni aún en la ciencia-ficción consigue el capitalismo producir una visión optimista de su futuro e imagina catástrofes, claustrofobias ó ultrafascismos proyectando en años futuros simplemente sus resultados de ahora.

Todo esto se puede encontrar en Marx u en nuestros clásicos, no hace falta inventarse caballos de batalla para distinguir grupos y partidillos. Todo esto se puede sacar del mundo real y no de modelos ideales; necesita ser tratado de forma totalmente realista y es por ello que la praxis política de los comunistas no esta hecha para manejar ideas ni tampoco palabras sino instrumentos, libros, periódicos, organismos inmediatos estructuras. El partido formal no es una organización de «políticos», es un taller, en determinados momentos una división acorazada. Pero si esta es la concepción del comunismo actual, esta extraña entidad que no puede morir, ¿no es evidente que también sus instrumentos deben ser igualmente visibles claros, no objeto de especulaciones en tesis a debate?

Máxima socialización.

No hay ya ninguna duda: el hombre ha evolucionado a partir de las manos y de las piernas, y el cerebro ha llegado el último como siempre ha afirmado el marxismo. Era una tesis formulada por algunos científicos sobre la base de indicios y deducciones ingeniosas y se hacía difícil de ser aceptada desde el idealismo que a preeminencia al cerebro en cuanto sede de la mente, pero ahora esta comprobada, como se dice, por vía experimental. Desde que se encuentran huesos del cuerpo de los homínidos, y no sólo del cráneo, se sabe que estaban hechos exactamente como nosotros, excepto por lo que se refiere al cerebro.

Una vez que manos y piernas han permitido al cerebro servir para alguna cosa, se ha desarrollado no sólo la materia gris, sino también el lenguaje, la comunicación, el ambiente exterior al organismo biológico, la producción, el movimiento de los objetos; en suma, la sociedad. La evolución de la especie Homo surge de su organismo animal; su característica peculiar ya no está dentro de los individuos de carne y hueso sino fuera, en su organización social, cuya base es la producción. Esto y nada más que esto en Marx y Engels es lo que se llama comunismo.

Todo esto ha sido, y el comunismo debe aún poder actuar. Mientras el hombre desarrollaba la capacidad de trabar la piedra pasando del primitivo *chopper* a la sofisticada *amígdala*, evolucionaba también su organismo biológico, como bien subraya Engels. Hoy ya no es así. La inversión de la praxis no consiste en fabricar asientos de plástico o astronaves de nuevo tipo con una organización mejor y más planificada. En el momento en que la evolución técnica, organizativa, productiva, social del hombre procede a ritmos inmensamente más rápidos de lo que lo hace la evolución biológica, la evolución de la especie sucede en el exterior de los cuerpos que la constituyen. Por lo tanto, el salto necesario no está en la producción sino en el contexto en el cual esta se da. La utopía ha fracasado históricamente porque reside en el cerebro: el comunismo ha vencido ya porque reside en el exterior, en la producción.

Este mundo externo al hombre está ya revolucionado. Y «externo» es un modo de hablar, dado que en realidad es todo uno con el hombre-animal, también esta vez el cerebro de este último deberá seguir. Con una diferencia sustancial, que es esta: también el cerebro ha comenzado a salir de la caja craneal del individuo, a presidir la actividad productiva y organizativa, a convertirse en cerebro social. El fin de la prehistoria está señalado por el viaje dificultoso que el cerebro social está realizando para salir del individuo y obtener la potencia productiva social ya revolucionada. En este camino encuentra obstáculos inacabables debido a la persistencia del viejo modo de producción, al que corresponden las viejas ideologías dominantes. ¿Cómo serán apartados estos obstáculos? Con la unión del cerebro social y a única clase que tenga potencialidad revolucionaria, es decir la única fuerza de la sociedad que no tenga nada que perder sino que tenga infinitas ventajas terminando con este modo de producción ahora putrefacto. Esta es la naturaleza, el origen material y la función de partido comunista.

Como dice Marx en el Manifiesto los comunistas no se distinguen del resto del movimiento proletario, están dentro y lo anticipan. Pero, alguien podría objetar: ¿y cuando no hay movimiento? Esta sería una concepción no materialista del término «movimiento». El movimiento, dice Engels, es el modo de ser de la naturaleza. No existe ausencia de movimiento, y tampoco en las relaciones entre las clases. Por el contrario, es en este campo en donde la energía de las moléculas en movimiento es máxima. ¿Se puede creer que hoy no exista lucha de clases? ¿Qué es entonces la explotación superintensiva de la fuerza-trabajo, puesta en condiciones inofensivas, si no es lucha de clases?

El nivel máximo de socialización del trabajo de desarrollo de la fuerza productiva social está comenzando también a tener efectos también sobre el pensamiento de los componentes de la burguesía. No hay aún tráfugas de clase, que sería signo de revolución inminente, pero ya es más que visible una capitulación ideológica generalizada de muchos burgueses frente al marxismo. Sobre este punto insistimos bastante en nuestros trabajos por la sencilla razón de que se consideraba importantísimo por nuestra corriente.

Esto no quiere decir que estén naciendo como setas los militantes de la revolución. En absoluto: todos aquellos que empiezan a decir cosas que antes decían solo los marxistas se quedan tranquilamente en su sitio y piensan como todos los demás que el comunismo está muerto en su familia, en su carrera, etc. Queremos simplemente subrayar que no es cierto que todo esté tranquilo, que las clases estén en depresión clínica y que la apatía general pueda ser motivo de pesimismo para los comunistas, aunque por el momento sean cuatro gatos.

Sobre el Partido.

¿Pero que es este bendito partido? ¿Es aquel surgido en los inicios del movimiento obrero, aborrecido por principio por los anarquistas y adoptado sin tantas historias por los burgueses? El partido no es una entidad mística, es un instrumento que anticipa lo que serán tareas técnicas tras la revolución como el arquitecto que antes de construir una casa, despeja y aplanar el terreno utilizando los instrumentos adecuados. En cierto sentido nuestra concepción del partido es a-política, si por política se entiende la

acostumbrada. Por ello, en la concepción de la Izquierda desaparecen definitivamente del partido la democracia, la jerarquía interna, las carreras, el individualismo, la división del trabajo, las diferencias de oficio o, peor, de clase: en el partido la cuenta de números y la coerción se sustituyen por la «racionalidad técnica» (1924). La sociedad humana está compuesta por individuos diferenciados como las células de un organismo complejo, y ni la democracia ni el Estado pueden representar su movimiento hacia el futuro. Nuestro concepto de partido no deriva por tanto de «alternativas» políticas, o estéticas o de otro tipo, sino de una necesidad insita en la naturaleza de los objetivos en cuestión. Entonces se ve que los instrumentos de la revolución o son cuestión de opinión como interpretaciones filosóficas, sino que son datos, y los marxistas los toman tal y como son, porque no quieren discutir sobre el mundo sino cambiarlo.

El paso de esta situación pantanosa a la existencia del partido, a la inversión de la praxis, no es una cuestión de voluntad, no es una cuestión de organización y tampoco es una cuestión de «toma de conciencia». Es una trama entre la maduración de las fuerzas productivas y la incapacidad del modo de producción, con toda su superestructura, de hacerlas frente. En este enfrentamiento la denominada subjetividad de las masas no puede invocarse fuera de los determinantes materiales, y por ello tanto menos provocada. Se trata de una especie de ley de conservación de la energía según la cual, si entre dos clases hay una fuerte, la otra es débil y viceversa.

Siempre que hay una maniobra económica, una reestructuración, una finalización de contrato o una ley cualquiera, asistimos al rito de las grandes lamentaciones moralistas a causa del recurrente «ataque de la burguesía al proletariado». Esta es una de las tonterías más insoportables que la Izquierda, con Marx, ha señalado más veces. Todo comunista debiera darse cuenta de que, frente a la potencia física del proletariado, la burguesía estaría desarmada si la ideología dominante no pernease completamente a los proletarios y a aquellos que dicen defender sus intereses. No son los cañones, los tribunales, los policías, los patronos, los parlamentarios y similares son los que aniquilan al proletariado, haciéndolo clase para la burguesía en vez de para sí. Es aquella ideología dominante que, en épocas como esta, todos absorben desde el nacimiento, y que lleva al desastre también a los menos malos de entre los militantes.